

pluma ensangrentada, y Hebert humedecía la suya en el hediondo cieno de las plazas: donde quiera, se predicaba la doctrina de una libertad ilimitada con el acento de la inmoralidad.

Los progresos de la faccion de Orleans eran notables y espantosos, y en proporcion iba disminuyéndose el crédito de los republicanos de la asamblea; de suerte que Toulan tuvo ya por conveniente informar al rey del estado de los negocios, y S. M. respondió por la óptica telegráfica en los términos siguientes.

ESQUELA DE LUIS XVI,

COPIADA

DE UN ESPEJO CÓNCAVO.

(*Documentos justificativos, núm. 12.*)

« Despues de dar gracias á mis fieles amigos en nombre mio, de la reina y de mi familia, deseamos todos saber el número y las circunstancias de los que están declarados en nuestro favor. En Paris debe hacerse una averiguacion escrupulosa, un viage á las provincias, y ha de guardarse correspondencia seguida con las cortes estrangeras. Meditad este plan, y comunicádme vuestro modo de pensar. »

No tardamos mucho en deliberar, pues los deseos del rey eran órdenes para nosotros. Aquella misma noche tuvieron junta los principales caudi-

llos, á la que fuí admitido por la vez primera.

Componíase aquella de unos treinta individuos, á quienes presidía un personaje que se tenía por emigrado en aquel tiempo. También observé allí muchos sugetos notables en el Gobierno antiguo, dos prelados, algunos sacerdotes, y un número muy considerable de empleados públicos, la mayor parte del cuerpo municipal. No hacía Toulan en esta junta el papel mas distinguido: contentábase con animar á los individuos que la componían, haciéndose así el mas útil de todos.

Había yo adquirido una reputacion honrosa por adicto al rey, y en este concepto me recibieron con agasajo. Leí la carta de S. M., acerca de la cual debía deliberarse, y entónces observé que entre los realistas, como entre los que seguían los otros partidos, era el egois-

mo el móvil de todas las operaciones, segun me lo había indicado Toulan. En los varios discursos que se pronunciaron, eché de ver, que los nobles hacían poco caso de los magistrados, quienes en recompensa estimaban á aquellos bien poco; que los eclesiásticos menospreciaban altamente cuanto no pertenecía al clero, y que si todos se reunían con los miembros de la municipalidad, era porqué los obligaban á ello la necesidad y el interes. No me escederé en decir, que no había otros dos como yo, que amasen al rey por su propia persona, y le sirviesen aun contra sus mismas opiniones.

Por lo demas fué sumamente satisfactoria la manera con que se entablaron los negocios, encaminados al triunfo del monarca. La opinion pública había llegado ya á su madurez, y solo esperaba la señal para manifestarse: en la municipalidad, en las juntas

populares, y en todos los parages públicos estaban preparados los gefes. Una palabra del rey, una indicacion del que mereciese su confianza, iban á poner en movimiento esta gran máquina, que arrollando la tiranía debería dejarla aniquilada. Aun prometía mas feliz éxito la correspondencia en el interior y en los países estrangeros: aumentábanse de dia en dia las tropas de emigrados, que mandaban el príncipe de Condé y el conde de Artois: el emperador había prometido tentar la entrada en Francia, al primer insulto que se hiciera al rey: la Inglaterra daba muestras de abandonar la faccion de la anarquía; y las potencias de segundo orden estaban dispuestas á seguir el impulso de las primeras. No eran ménos seguras y favorables las disposiciones de los departamentos, en especial los de poniente.

Observaba yo, que estaba concebi-

do el plan de la conspiracion con una uniformidad demasiado perfecta: todas sus partes se unían tan exactamente, que formaban un todo muy regular y simétrico: no había el menor vacío ni defecto, de suerte que debía esperarse un éxito feliz; pero á decir verdad, esta grande union, léjos de tranquilizarme, me inquietaba sobre manera. En ninguna parte había visto, sinó en algunas novelas mal inventadas, ejecutar sin obstáculo alguno semejantes empresas. Por otra parte me hacía temer la debilidad habitual del rey, que contemporizaría y vacilaría aun en el momento decisivo. Este inconveniente, sin mencionar otros, que nadie preveía y de que ninguno hablaba, era suficiente por sí solo para retardar y aun disolver la conspiracion. ¡Quiera el cielo, protector de la inocencia perseguida, decía yo, falsificar este funesto vaticinio!

Siendo tan satisfactorias las noticias que debía yo dar al rey, pareció inútil el viage de observacion á las provincias, porqué ademas la correspondencia semanal que se recibía de ellas, daba grandes motivos de seguridad y de esperanza.

De este modo una junta de legisladores, trasformada en anfiteatro tumultuario, donde un gran número de atletas virtuosos y elocuentes, pero esparcidos y sin cabeza, luchaba con un corto número de foragidos animosos y disciplinados; un Gobierno versátil, vagando sin principios y sin brújula por las olas de una revolucion desenfrenada; una municipalidad usurpadora de la soberanía popular, de que hacía alarde con impudencia despótica; las reuniones parciales, y una *sociedad patriótica*, donde empezaba á mezclarse con el ardor del entusiasmo cívico el delirio de la ambicion y la

sed de los asesinatos; un pueblo incierto de su destino, mal seguro en su existencia, extraviado en las cosas, engañado y seducido por las palabras; por otra parte un rey aprisionado, á quien unos preparan el cadalso, otros quieren restituir al trono; en cuya vida se interesa la nacion, temiendo al mismo tiempo el verle de nuevo coronado: en fin, miéntras que todos estos intereses tan encontrados inundan y asueñan el interior de la Francia, un ejército de héroes ceñidos de laurel, encadenando la victoria á sus banderas, dictan la paz á los mismos enemigos que les hacían la guerra. Tal era la situacion general de las cosas, cuando la Convencion nacional comenzó el proceso de Luis XVI. Al anunciarse este asunto tan importante, los reyes espantados guardaron silencio, la Europa volvió su atencion á la nueva república, y la Francia esperó con una tran-

quilidad aparente la decision de sus legisladores.

Llego á esta época, memorable para siempre, caminando por la senda oculta que he seguido hasta aquí, sin osar entrometerme en el estenso y público dominio de la historia. Sus confines, si puedo esplicarme así, son los que pretendo recorrer; pero estando anejas á ellos muchas anécdotas interiores y domésticas, las considero desconocidas, y dignas por consiguiente de leerse con el mas vivo interes. Una familia desdichada, entretenida alternativamente por la esperanza, y amenazada por la proscripcion, pronta á sentarse triunfante en el trono, ó morir degollada en un cadalso; es el espectáculo mas propio para inspirar el terror y escitar la compasion. Pero ántes de dibujar este cuadro, daré á Vd. una idea de lo que pasaba en el interior del Temple.

Hacia ya algunos dias que se susurraba la causa que iban á formar al rey, á quien dimos aviso para su gobierno. Toulan que no se comunicaba ya con el monarca, había advertido de ello á la reina, la cual se lo insinuó á Luis en la comida; pero léjos de disgustarse con la noticia, dió muestras de contento, porqué la inocencia de su causa le hacía estar satisfecho de sus resultados. Cuando supe que estaba bien preparado, le comuniqué cuanto había, por medio del telégrafo consabido. En el regocijo que mostraba su semblante retratado por la óptica, conocí el gusto que le habían causado mis noticias. Al dia siguiente leí en el cristal de reflejo el convite que me hacía de procurar la entrada en la torre, á fin de hablarle; añadiéndome, que las princesas habían conseguido pasar parte del dia en su cuarto, á quienes daría una satisfaccion completa, si llevaba

en mi compañía al amable Edwino. Mi hijo, decía también el rey, se acuerda de él todos los días, y tendrá mucha satisfacción en verle. En respuesta prometí á S. M., hacer cuanto estuviese de mi parte para llevar á efecto sus deseos.

No era esto fácil, porque la tiranía de la municipalidad se hacía de cada vez mas feroz, y su vigilancia mas temible; y así era preciso burlar á la una y sustraerse de la otra: para ello me auxilió Toulan, proporcionando el medio. Hacía tres días que el rey padecía mucho de fluxion de muelas, aunque sin quejarse, porque la reina le había persuadido, que sería una mengua pedir un facultativo.

Pero habiéndole hecho ver Toulan, que esta circunstancia presentaba la ocasión mas favorable, y tal vez la única de entablar una correspondencia con los de afuera, persuadió á su

esposo que presentase su solicitud. Se respondió á ella como deseábamos, y en consecuencia fueron llamados á la sala de la municipalidad el primer médico del rey y su cirujano ordinario, quienes recibieron de aquella tarjetas de entrada para ocho días.

Llevóme en seguida Toulan á casa de dicho cirujano, sugeto muy adicto á la familia real, y muy interesado en sus desgracias. Luego que le advertí de mi designio, reducido á sustituirle en sus funciones, me trajo de su gabinete un estuche lleno de instrumentos, y me lo entregó diciendo: Creó que no me conozcan los que habitan y custodian el Temple; pero si fuese al contrario, puede Vd. decir que va por mí. Confiado en el carácter de Vd., no rezeló de mi seguridad, y solo me da que temer la de Vd. —

Estaba ya hecha la mitad de la tarea, y era preciso completarla llevando con-

migo á Edwino, segun prometí al rey. Acerca de esto consultamos con madama Melwood, quien nos dió un consejo que fué adoptado, y se reducía á no ir al Temple hasta que estuviera de faccion la Paquita, que seguía sirviendo en el ejército nacional; siendo muy probable que pues tenía tantos amigos en diferentes euerpos, no le fuese difícil mudar su guardia por la del Temple. Edwino entónces podría reemplazarla, logrando con maña ó con dinero hacer la guardia á la puerta del rey. Trazado así este plan, se ejecutó del modo siguiente.

El dia 15 de noviembre fué destinada Paquita al puesto de reserva. Cuando iba á marchar el destacamento destinado al Temple, á pretesto de una viva curiosidad, pidió ir incorporada con él; lo que consiguió á pesar de algunas quejas, que ella supo acallar con el argumento irresistible del dinero.

Al llegar, se separó de sus compañeros, y fué á buscar á mi alumno que la esperaba, el cual la reemplazó tomando sus armas. Hubo alguna dificultad para admitirle, por ser desconocido; pero habiendo acreditado que era amigo del ciudadano Roziers, logró desvanecer todas las dificultades. A mas de esto convidó á almorzar á sus camaradas, ofreciéndoles para la noche un solo de flauta. ¿Quién podría resistirse á tan fuertes razones?

A la vuelta de Paquita, luego que noté desde la ventana de su madre, donde estaba en observacion, que habían alzado el puente levadizo, me encaminé por calles escusadas á una, donde me esperaba un coche: entré en él, y llegué al Temple. Conforme á mi carácter tímido, y sin embargo emprendedor, sentí que me palpitaba el corazon, aunque al mismo tiempo se esplayaba con la esperanza.

Abro la puertezuela del coche, y llega un centinela, al cual manifiesto el objeto de mi visita. Llama al oficial comandante, quien viene con cuatro soldados. Bajo, y me conducen con buena escolta hasta el consejo de administracion.

Antes de llegar á él, teníamos que atravesar un patio, donde entre siete ú ocho soldados ciudadanos distingo á Edwino, que me conoce inmediatamente: acércase, y dirigiendo la palabra á uno de sus camaradas, de modo que yo le pudiese oír, dijo en voz alta: á las cuatro entro de centinela, camarada, ¿y tú?—Apénas había empezado el otro á responderle, cuando ya habíamos pasado.

Siempre me ha parecido, que estando los magistrados en su tribunal, deben tener presente la justicia, sin la cual el poder no es mas que un latrocinio; y el decoro, sin cuya compañía

la justicia se asemeja al despotismo. Uno y otro estaban desterrados del consejo del Temple; sin duda porque los atributos característicos de la honradez, convenían poco á unos jueces revolucionarios. Cuando me presenté ante ellos, noté que disputaban con mucho acaloramiento, hablaban todos á un tiempo, paseaban por la sala precipitadamente, mezclaban amenazas y palabras, gritos espantosos é injuriosos denuestos: tal ha sido poco mas ó ménos el carácter de todas las asambleas originadas de la revolucion. Pero despues he dejado de maravillarme, considerando la importancia de los intereses que dividían á sus individuos, las fuertes pasiones que en ellas se escitaban, la condicion y el carácter de los oradores, la naturaleza de sus arengas, y el objeto de la revolucion.

Mi presencia restableció el sosiego entre los disputantes. El que los presi-

día, subió á una especie de tablado , donde me preguntó con un tono áspero mi nombre , el objeto de mi visita , y el título que justificaba mi entrada en este lugar formidable. Satisfice á estas diversas preguntas , evitando sin embargo decir mi primer nombre : despues manifesté la patente que me había prestado el cirujano del rey , que no me devolvieron los jueces pesquisidores , hasta haberla registrado todos. No se limitaban á esto las precauciones : registráronme las faltriqueras , el forro de los vestidos y la copa del sombrero ; me hicieron quitar los zapatos ; abrieron el estuche ; sacaron todos los instrumentos ; y despues de haberse asegurado de que yo no ocultaba cosa alguna sospechosa , decretaron que uno de ellos me acompañase al cuarto de Luis. En el camino observé que se había aumentado el número de las rejas y de los carceleros, entre

los cuales noté , que los nuevamente empleados tenían un semblante mas fiero y terrible que los antiguos.

Manifestábase en el mio la compasion que oprimía mi corazon , y esto desagradó al municipal que me conducía. Para el oficio que Vd. ejerce , me dijo , me parece Vd. demasiado sensible. — Y esto ¿ es por ventura un delito? — No, pero es reprehensible, y es una debilidad compadecer á los enemigos de la patria. — No me compadezco yo de este como tal , sino como hombre desventurado. — Él se tiene la culpa. — Por lo mismo es mas digno de compasion. — Ademas , que se halla muy bien con su infortunio , pues no le ha hecho perder el apetito ni el sueño. — La religion le alienta , y su inocencia le consuela. — El municipal arrugó las cejas , y despues de un corto silencio me dijo : No me pareéis un gran republicano. — Pues creo que un

republicano debe tener mas virtudes que otro alguno, y la humanidad me parece la primera. — ¿Pero no veis, pobre demonio, que todo eso es *moderantismo*? — No sé lo que entendéis por *moderantismo*; pero si es lo mismo que *moderacion*, tendré siempre á mucha honra el poseer una cualidad que hace mas amables las virtudes que uno tiene, y suple por las que le faltan. — Con tales principios jamas se hubiera cimentado la libertad. — Pero tampoco estaría inundado en sangre el pedestal de su estatua.

Hubiéramos continuado nuestro diálogo, á no haber llegado á la puerta del rey, que aun no estaba abierta, por no haber dormido S. M. en toda la noche. Clery se asomó á una rejilla del postigo, y yo dirigiendo la palabra á este fiel criado, le dije: Avise Vd. á Luis, que está aquí el practicante de su cirujano. — Clery, á quien había yo

dado á entender mi designio con una mirada, vino inmediatamente á responderme, que sería recibido del rey con mucho gusto. Alzaron las barras, abrieron los pestillos de la puerta, y entré.

La presencia del municipal que me acompañaba, me impidió ofrecer al augusto preso los respetos de mi sumisa veneracion; pero si mi lengua estaba muda, me di á entender con las miradas. El rey las comprendió, y me pareció que leía en sus ojos enterrecidos la satisfaccion que le causaba mi presencia.

Para acreditar que era un verdadero cirujano, pedí permiso para registrarle la boca. Díjome entónces el municipal: En la ocasion presente puedo servir á Vd., porque soy boticario: si el señor, añadió señalando al rey, necesita algunos medicamentos, tengo la botica mejor surtida de Paris. — En

esto S. M. arrojó un grito dolorido, que me sugirió la idea de libertarnos de un testigo tan incómodo, haciendo uso de sus ofertas. Despues de haber visto las muelas al rey, le dije: No creo que sea absolutamente necesario sacar la que os incomoda, porque no está dañada, y en mi dictámen bastará un emoliente para quitar la hinchazon. Puesto que el ciudadano me ha ofrecido sus servicios, los acepto, y voy á poner una receta que se servirá ir á preparar, y entre tanto yo esperaré el efecto de ella, con tal que de este modo no me oponga á los decretos del consejo. Nada tiene Vd. que hacer con él, replicó el municipal, pues solo yo soy responsable de la persona de Vd. Siendo así, repuse, á Vd. toca determinar si merezco su confianza. Mucho mas que Vd. piensa, me dijo: verdad es que no le tengo por un gran republicano; pero el que se atreve á mani-

festarse así en esta torre y ante un individuo de la municipalidad del 10 de agosto, es un hombre de bien indudablemente. Le dejo pues á Vd. aquí Lajo palabra de honor, persuadido de que no dará al señor malos consejos, aunque se compadezca de él; y así escriba Vd. la receta, que estoy pronto á marchar.

Hícelo tan gozoso y aturdido, que apenas se podía leer. Garrapatos del antiguo estilo, dijo el boticario tomándola. ¿Pues en qué conocéis los caracteres del nuevo? replicó el rey, que se había puesto de buen humor con la condescendencia de aquel. Dícese comunmente, que la medicina moderna no exige que uno sepa leer ni escribir; y esto no impide que sanen los enfermos. Ni que revienten, dijo el municipal dejándonos.

Este hombre es grosero, dijo Clery, pero discurre bien, y podríamos sacar

partido de él. — Ay, mi amado abate ! exclamó el rey, dándome la mano , que besé con respeto ; ¡ cuánto he padecido desde nuestra última vista ! ¡ Con que ya se trastornó la antigua monarquía ! ¡ el Gobierno que ha producido tantos reyes buenos, y tan pocos malos, que ha hecho á tantos hombres felices, y tan pocos desventurados ! ¡ y en sus ruinas se funda una república ! De este modo no es á mí solo á quien arrojan del trono , sinó á toda mi descendencia : despojan de todo á mi muger, á mis hijos y á mi hermana, que ni aun tienen un asilo á donde acogerse, y pueden tenerse por dichosos en habitar una prision y existir en ella. Crueles son estos golpes : no es así ? Pero todavía hay otros mas fatales. Amigo mio, añadió aquel príncipe derramando lágrimas , me han separado de mi familia : mi infeliz muger, mis queridos hijos y mi hermana padecen

separados de mí, y yo tambien padezco sin su vista. Apénas podemos hablarnos cuatro palabras al tiempo de comer y un rato despues, pues siempre nos están acechando unos centinelas, tan duros, tan mal criados y tan insensibles... Ah ! estas gentes nunca han sido infelices. — Señor, convendrá que os quejéis á la Convencion. — Pero esta me remitiría á la municipalidad. Clery tiene un criado muy fiel que trae los diarios envueltos en ovillos de hilo, y por ellos veo los debates de la nueva asamblea. ¡ Qué hombres, qué principios, qué pasiones y qué language ! Acaso no faltan entre ellos hombres de talento y de virtud ; pero ¡ qué débiles ! qué desatinados ! Sin duda van á perderse : sus contrarios groseros, feroces y audaces serán sus asesinos. Sí, amigo, serán degollados, y yo iré delante de ellos. — Desechád estos tristes vaticinios, señor.

— Al contrario yo los fomento, y los tengo presentes todos los dias. ¿Quién querrá vivir para ser testigo y juguete de tales atrocidades? — Señor, estas durarán poco tiempo: el huracan es terrible.... — Sí, terrible, interrumpió el rey con el acento de la desesperacion: la tempestad aniquilará muchas cabezas, correrá mucha sangre....

Jamas había sentido con mas viveza este desgraciado monarca el horror de su situacion. No traté de consolarle, porqué su corazon lastimado no podía recibir entónces alivio alguno; y por tanto me contenté con acompañarle en su sentimiento, llorando con él amargamente. Clery contemplaba silenciosamente y en pié esta escena lastimosa. O Providencia! Luis en un calabozo regaba con sus lágrimas la cadena regicida, y Robespierre y Orleans, sentados en solios ensangrentados, dic-

taban sus decretos soberbios á la nacion envilecida.

De improviso reprimió su llanto el monarca, y levantándose con rostro sereno, me dijo tranquilamente: Basta de gemidos, señor de Fermont; perdóneme Vd. este ímpetu que no he podido évitár: empleemos mejor el tiempo que nos proporciona la suerte. —

Habiendo puesto Luis xvi de centinela á Clery en la puerta interior del cuarto, me abrió la de la torrecilla que le servía de gabinete. Sentado yo junto á un bufete en que escribía el rey, me dijo: Cuando reinaba, solía Vd. repetirme que mantuviese con firmeza el peso de la corona; ahora que estoy aprisionado me aconsejará Vd. sin duda, que sufra el de mis desgracias con resignacion. Pues bien, mi querido abate, á pesar del enternecimiento que me ha escitado su inesperada presencia, sepa Vd. que el cielo me ha con-

cedido esta gracia. Esceptuando algunos males físicos, gozo de una perfecta salud : la tranquilidad de mi espíritu es inalterable, y cuando leo las anécdotas que tratan de mí, se me figura que repaso una historia estraña. No puedo desear á mis amigos sueño mas pacífico, que el que disfruto todas las noches. A buen seguro que el de mis perseguidores será mas agitado, pues miéntras lo llaman en vano bajo los dorados techos del palacio de que me han despojado, yo lo gozo en medio de estas tristes paredes. Finalmente, si padezco algunas inquietudes y pesares, solamente es por mi familia, cuya futura suerte me espanta. O Dios mio ! á vuestra sagrada proteccion la encomiendo : servíd de padre á mis hijos, cuando yo cese de existir. — Al decir esto, levantó al cielo sus ojos, resplandecientes ya con la gloria de los justos, y despues volviéndolos á mí sosegada-

mente, se quedó por algunos minutos silencioso. Si no me engaño, continuó, el instante fatal no está léjos : tienen jurada mi muerte, y debo estar preparado para ello : á este fin he llamado á Vd., para que me aconseje lo que debo hacer. —

No se puede oír sin conmoverse, discurrir sobre la muerte á un hombre lleno de vida y robustez ; y el religioso terror que infunde una deliberacion tan importante, se aumenta en la boca de un rey. Contemplando ademas á este monarca, poco hacía el mas poderoso y respetable de la Europa, detenido ahora en los hierros de una opresion bárbara, y acechado sin cesar por los ardientes ojos de la tiranía, ¡ qué cúmulo de reflexiones tan melancólicas pueden ofrecerse á la imaginacion !

Mucho ántes de mi arresto, prosiguió Luis xvi, y mas aun pasado algun

tiempo, un copioso número de plumas y de voces calumniadoras ha reunido contra mí las acusaciones mas odiosas, imputando á mala fe los errores procedidos de las circunstancias; escitando contra mí el aborrecimiento, cuando debería inspirar tanta compasion; y pidiendo que se me castigue como delincuente, cuando deberían compadecerme como desdichado.

¿Qué puedo yo oponer á estos clamores tan injustos? el silencio y mi corazon. Pero si una endeble voz no puede oirse en medio de la tempestad que truena al rededor de mí, debo al trono que la Providencia me ha confiado, debo á mi hijo y á mí mismo, comportarme con decoro, apelando al tribunal de la historia y de la posteridad. Los sediciosos pueden abrir mi sepulcro anticipadamente; pero yo pondré encima de él este monumento.

Diciendo esto, sacó el rey de su car-

tera un cartapacio que me entregó, y en cuya carpeta leí estas palabras: *Proyecto de mi testamento*. No es ahora tiempo, añadió, de examinarlo: se lo confío á Vd., y deseo que lo registre con toda la escrupulosidad de su conciencia y de sus luces, poniendo al márgen sus observaciones. Quizá otro acaso, tan feliz como este, nos proporcionará la satisfaccion de vernos otra vez.

Manifestando al rey cuán enternecido y honrado me dejaba su confianza, procuré lisonjearle con algunas esperanzas, diciéndole: No hagamos tanta injuria á la humanidad, suponiendo que la Convencion, esto es, la flor del patriotismo y del honor frances, siga las órdenes sanguinarias de un partido. Ora consulte á sus propios principios, ora tenga que ceder á su interes, soy de dictámen que léjos de condenar á V. M., se declarará incompetente para juzgarle. Ellos creen que la cabe-

za de la nacion solo es responsable á la nacion misma; y como esta no puede formarse simultáneamente, han de confesar que este encargo solo corresponde á sus delegados. Veamos pues cuál es el poder de la Convencion. Redúcese este á reconocer, separar, contrapesar y organizar las autoridades públicas. Suponiendo que posea el poder constitutivo, no reside en ella por consecuencia el poder judicial, puesto que el primero no decreta mas que sobre asuntos generales, y el segundo aplica á particulares casos las decisiones del primero. Hé aquí unos principios, de donde se deduce, que si intentan hacer causa á V. M., será ante un tribunal nacional; pero en este caso se opondrá á lo mismo el interes de los que ahora gobiernan. Ya traten de consolidar la república que han establecido, ya tengan el designio de sustituir una nueva dinastía á la antigua,

¿cómo lograrán el consentimiento de la Francia, la adhesion de las potencias estrangeras, y la estimacion de toda la Europa, arrastrando al pié de un tribunal al que han arrojado del trono? Señor, en todas las circunstancias de mi vida he mantenido la franqueza de mi carácter y la independencia de mis opiniones: en los dias de vuestro mayor poder os respeté bastante para no adularos; en los de vuestra desgracia debo deciros igualmente la verdad. Ahora bien, señor, ¿podemos imaginarnos que la nacion mas apreciable del mundo, por ser la ménos servil, sufra que se someta á las humillaciones de una causa criminal, á los debates de una acusacion, á la necesidad de una defensa, y á la suerte arriesgada de un juicio, un hombre que fué su rey? No: por muy desprecupado que se suponga á un pueblo, le será siempre muy difícil contemplar

sin sentimiento una cabeza privada de la corona. Pues ¿qué sería si esta misma cabeza, tanto mas infeliz quanto fué mas respetada, se viese en peligro bajo la espada de la ley? El instante mismo señalado para su caída sería el de su triunfo; en el cadalso mismo se vería erigido un trono; una nueva diadema reemplazaría los instrumentos del suplicio, y los regicidas sacarían por fruto de su audacia criminal el horror, la vergüenza y el anonadamiento. Observád, señor, que estas ideas que indico superficialmente, no llegan al fondo de la causa criminal que suponemos. No hago mas que insinuar á V. M. algunas de las objeciones que la opinion pública, y aun la misma preocupacion, oponen á vuestros enemigos. Repito de nuevo que vuestra vida les es necesaria; que su mayor mal sería el que hiciesen á V. M.; y que la cuchilla alzada sobre vuestra

cabeza, no acabaría de caer hasta cortar las suyas. Ojalá, me respondió Luis, ojalá se convenzan de estas verdades, para usar de su triunfo con moderacion; pero, á decir verdad, mientras vea entre los nuevos representantes á los asesinos de setiembre, conservaré pocas esperanzas. No crea Vd. por esto que me falta valor, no: sabré sufrir con resignacion, y morir como soberano. —

Esta firmeza de ánimo, esta especie de heroismo, que las desgracias y el cautiverio dieron al débil Luis xvi, han sido muchas veces el objeto de mis reflexiones y el testo de mis comentarios. ;Qué contrariedad tan señalada, entre Luis reinante y Luis aprisionado! Contraste singular! que burla todas las especulativas del corazon humano, y deja fallidas todas las probabilidades. Cuando Luis xvi era el primer monarca de Europa, lo po-